

ALFONSO TRUEBA

Nació en Silao, Guanajuato, el 29 de octubre de 1915. No se tiene fecha de su fallecimiento.

Jurista, escritor combativo y constante. Colaboró en varios periódicos y revistas. Varias de sus obras aparecen en la colección Figuras y Episodios de la Historia de México, 1954-1960, bajo los títulos siguientes: *La expulsión de los jesuitas y La batalla de León por el municipio libre* (1954); *Cabalgata heroica, misioneros jesuitas en el noroeste*, 2 v. (1955); *Dos virreyes* (1954); *Hernán Cortés, libertador del indio* (1954); *Iturbide, un destino trágico* (1954); *Zumárraga* (1954); *Legítima gloria* (1953); *Presidente sin mancha* (1953); *Santa Anna* (1953); *Las siete ciudades. Expedición de Francisco Vázquez de Coronado* (1954); *El padre Kino, misionero itinerante y ecuestre* (1955); *Retablo franciscano* (1955); *Doce antorchas* (1955); *Dos libertadores: Fray Julián Garcés y Fray Domingo de Betanzos* (1955); *Expediciones a la Florida* (1955); *Fray Pedro de Gante* (1955); *La guerra de Tres Años* (1955); *Hazaña fabulosa* (1955); *Huichilobos* (1955); *Doña Eulalia, el mestizo y otros temas* (1959); *Nuevo México* (1956); *California, tierra perdida* (1956); *Defensa de los jueces y varias consideraciones sobre la justicia* (1960), y otros más.

Fuente: Alfonso Trueba. *Doce antorchas*, 2ª ed., México, Editorial Jus, 1959. 104 p. (Figuras y Episodios de la Historia de México, 17), p. 53-61.

FRAY MARTIN DE VALENCIA

Nació este buen varón, caudillo de los Doce, en la villa de Valencia de Don Juan, situada entre la ciudad de León y la villa de Benavente, hijo de padres honrados.

Acerca de sus primeros años nada hay escrito, “*porque él era tan humilde y despreciado, y tan señor de su lengua, que nunca trababa pláticas infructuosas, y menos tocantes a su propia persona.*”

Tomó el hábito de San Francisco en el convento de Mayorga, provincia de Santiago. Tuvo por maestro al padre fray Juan de Argomanes, que después fue provincial en la misma provincia de Santiago.

Siendo novicio leyó el libro de las conformidades de San Francisco y comenzó entonces a gustar y conocer la virtud de la pobreza, y a concebir ferviente celo de ella.

Luego que cantó misa fue creciendo en virtud; “*porque además de lo que yo vi en él —dice su compañero Motolinía—, porque le conocí por más de veinte años, oí decir a muchos buenos religiosos que en su tiempo no habían conocido religioso de tanta penitencia, ni que con tanto tesón perseverase siempre en allegarse a la cruz de Jesucristo.*”

Como era amigo de soledad y recogimiento, procuró licencia para morar en el convento de Santa María del Hoyo, casa muy apartada de conversación con seglares. Aquí sufrió muchas tentaciones. Comenzó a tener en su espíritu gran sequedad y dureza; aborrecía el yermo; los árboles le parecían demonios; no podía ver a los frailes con amor y caridad; cuando se ponía a orar hacíalo con gran pesadumbre; parecía que cuando celebraba misa, no consagraba, y no quería ya celebrar, ni podía comer.

Con estas tentaciones enflaqueció mucho “*que no parecía sino los huesos y el cuero*”. Un día que fue a pedir pan a un lugar llamado Robleda, a cuatro leguas del convento, alguien al verle tan flaco y debilitado, le dijo: “¡Ay, padre! ¿Y vos qué tenéis? ¿Cómo andáis que parece que queréis expirar de flaco; y cómo no miráis por vos, que parece que os queréis morir?”

Como quien despierta de un pesado sueño, así comenzó a abrir los ojos del entendimiento, y a pensar cómo no comía casi nada, y dijo: “Verdaderamente, ésta es tentación de Satanás.”

De ahí adelante comenzó a comer, “*y quedó avisado para sentir los lazos y astucias del demonio*”.

Después que fue librado de aquellas tentaciones quedó con una grande paz. Se gozaba en el yermo, y los árboles, que antes aborrecía, con las aves que en ellos cantaban, le parecían un paraíso. De allí le quedó la afición a plantar arboledas, y cuando fue prelado a todos rogaba que sembrasen árboles.

Deshechos los nublados de la imaginación, le trajo Dios a un amor entrañable del prójimo, tanto, que por el amor general de las almas, vino a desear el martirio y pasar entre los infieles a convertirlos.

Una noche, estando en maitines en tiempo de Adviento, la lectura del salmo que empieza *Eripe me de inimicis meis, Deus meus*, donde se repite aquel verso: convertirse han a la tarde, y padecerán hambre como perros, le aumentó ese deseo. Decía hablando consigo mismo: ¿Cuándo se cumplirá esta

profecía? ¿Cuándo se llegará esta tarde? ¿No sería yo digno de ver este convertimiento, pues ya estamos en las vísperas y fin de nuestros días, y en la última edad del mundo?

Acabados los salmos, no siendo él semanero en los oficios, ni cantor, le encomendaron que dijese las lecciones, que eran del profeta Isaías, a propósito de la conversión de las gentes. Al leerlas en el púlpito vio una gran multitud de infieles que se convertían a la fe, y venían como desalados a recibir el bautismo.

Como hombre loco y fuera de sí, comenzó a dar voces diciendo: "Loado sea nuestro señor Jesucristo." Los religiosos, viéndole como atónito y embriagado, pensando que enloquecía, lleváronlo a una celda y claváronle la ventana. El varón de Dios quedó en la celda absorto hasta otro día, que volvió en sí. Tornó a pensar en la visión que había tenido y rogó a Dios se le dejase ver con los ojos del cuerpo. El Señor se lo concedió porque diversas veces vio multitud de indios pedir el bautismo.

Después de ese raptó, inflamado con mayor caridad y amor del prójimo, comenzó a procurar la ida entre infieles, y rogaba a sus amigos que encomendasen al Señor cierta jornada que pensaba hacer.

En ese tiempo, una persona muy espiritual tuvo revelación que cuando fuese oportuno el Señor llamaría a fray Martín, y envíele a decir: "Hermano, estad seguro y cierto que cuando fuere tiempo conveniente Dios os llamará sin que lo procuréis."

Doce años después el ministro general fray Francisco de los Angeles lo eligió para que viniese a la Nueva España al negocio de la conversión de las gentes indianas.

El año 1518 se erigió en provincia la custodia de San Gabriel y fue electo provincial fray Martín de Valencia, que la gobernó con mucha humildad y penitencia. Siempre traía cilicio y muchos días ayunaba. Echaba ceniza en la comida, y si el platillo era sabroso, vertía agua por salsa, acordándose de la hiel y vinagre que dieron a Jesucristo.

Iban muchos frailes y buenos religiosos a la provincia de San Gabriel, por su buena fama, y fray Martín los recibía con entrañas de amor. Cuando celebraba capítulo y tenía que oír las culpas de los otros, primero se acusaba a sí mismo delante de todos, por dar ejemplo de humildad. Luego tomaba su sitio de prelado y todos decían sus culpas, según es costumbre en las religiones, y fray Martín reprendía caritativa-

mente. En seguida hablaba, ya de la virtud de la pobreza, ya de la obediencia y humildad, ya de la oración.

Regía la provincia de San Gabriel, siempre con el deseo de pasar a los infieles, cuando al fin lo vio cumplido. El año de 1523 el ministro general fray Francisco de los Angeles hizo capítulo en el monasterio de Belvis, y llamó a fray Martín de Valencia, al que informó de cómo esta tierra de la Nueva España había sido descubierta y ganada por Hernán Cortés, y de la muchedumbre de gentes que esperaba ser convertida. Díjole fray Francisco que él mismo había determinado venir y que su elección por general de la orden había impedido su venida; por tanto, que le rogaba que él pasase con doce compañeros, y que confiaba que sería grande el convertimiento de gentes.

Es de suponer qué gozo y alegría recibió fray Martín con tal nueva, por él tan deseada, y aceptó luego la venida, y lo más brevemente que a él fue posible escogió doce compañeros. (De los doce escogidos vinieron once. El número se completó con fray Martín.)

Cuando vino, fray Martín ya no era joven: tenía 50 años, y en todo el viaje padeció mucho trabajo. Como buen caudillo siempre iba delante, y no quería tomar para su necesidad más que sus compañeros, por no dar materia de relajación.

Ya en la Nueva España, fray Martín trabajó mucho en aprender la lengua de los indios, pero como era persona de edad y tantas ocupaciones, no llegó a aprenderla, aunque conoció los vocablos indispensables para hacerse entender.

Su ejercicio más ordinario entre los indios era enseñar a leer a los niños, desde el *a*, *b*, *c*, hasta romance y latín, y la doctrina cristiana, haciéndoles por medio de intérpretes muchas pláticas saludables. Y porque no podía predicar en la lengua de los indios, se alegraba mucho cuando otros predicaban y poníase junto a ellos a orar mentalmente y a rogar a Dios que enviase su gracia al predicador y a los que le oían.

Después de dar lección a sus niños, cantaba con ellos himnos, y enseñábalos a rezar en cruz, levantados y abiertos los brazos, por espacio de siete padrenuestros y siete avemarías. (He aquí el origen de una costumbre que todavía se observa en las iglesias mexicanas.)

Con los españoles que gobernaban la tierra pasó el varón de Dios innumerables trabajos y aflicciones por defender la inmunidad de la Iglesia, a cuyos mandamientos ellos no obe-

decían, y también por irles a la mano en los agravios y vejaciones que hacían a los indios.

Por esta razón tomaron tanto odio y rencor a fray Martín y sus compañeros, persiguiéndoles en cuanto podían y levantándoles falsos testimonios, hasta que descubierta la malicia de los perseguidores, fueron castigados.

Fray Martín se ligó en estrecha amistad a otros dos varones extraordinarios de su tiempo: fray Juan de Zumárraga y el dominico fray Domingo de Betanzos. Unidos los tres por el celo de la salvación de las almas, acordaron ir en misión a China, antes de que se supiese si la navegación podía hacerse o no. El primero que lo intentó fue fray Martín, quien tuvo revelación de la existencia de innumerables gentes por las partes del Poniente. Dos veces trató de embarcarse y no pudo hacerlo, "*pues Dios no quiso que fuese a buscar otras gentes porque su vocación era la conversión de los naturales de la Nueva España*".

Desde el domingo de Pasión hasta la Pascua sufría profundamente la Pasión del Hijo de Dios. Viéndole en este tiempo muy flaco y debilitado, le preguntó un fraile: "Padre, ¿estáis mal dispuesto? Si no es enfermedad, dígame vuestra reverencia la causa de su flaqueza." Respondió: "Creedme, hermano, pues me compeléis a que os diga la verdad, que desde la dominica de Pasión hasta la Pascua siente tanto mi espíritu que no lo puedo sufrir sin que exteriormente el cuerpo lo muestre como veis."

Por mucho que huía del mundo y de los frailes, para dedicarse a la contemplación, a veces no le valía esconderse, porque como colgaban de él tantos negocios, no le dejaban. Frecuentemente estaba arrobado. A los que hablaban con él les respondía como quien despierta de un pesado sueño. Al comunicarse con los frailes parecía que no oía ni veía, porque sus sentidos estaban ocupados en Dios.

Era tan enemigo de su cuerpo, que apenas le dejaba tomar lo necesario, así de sueño como de alimento.

En las enfermedades, con ser ya viejo, no quería más cama que un colchón o una tabla, ni beber un poco de vino, ni tomar medicinas.

Cuéntase que en cierta ocasión Antonio de Nava, alcalde del pueblo de Tlalmanalco, entró descuidadamente en la celda de fray Martín y lo halló en oración, elevado sobre la tierra. Hernán Cortés, que lo visitaba muy a menudo, afirmaba haber

visto lo mismo. Y fray Bernardino de Sahagún, que vino a la Nueva España cinco años después de los primeros doce, refiere que siendo él conventual en Tlalmanalco, fue a visitar fray Martín aquella casa y se apartó a orar a un rincón del coro. Como era fama que se arrobaba en la oración, fray Bernardino quiso ir a ver cómo estaba, y llegando al lugar no vio sino una claridad que lo encandiló y cegó.

Vivió el siervo de Dios fray Martín de Valencia en esta Nueva España diez años, de los cuales seis fue provincial y cuatro guardián de Tlaxcala. El edificó un monasterio, y le llamó de la Madre de Dios.

Cuando por su voluntad dejó de tener oficio eligió para retiro el dicho pueblo de Tlalmanalco, cercano a Amecameca, "que es casa muy quieta y aparejada para orar". Entre los árboles que rodeaban el convento había uno muy grande, a cuya sombra iba fray Martín a orar por la mañana, y cuando allí se ponía a rezar, el árbol se henchía de aves, cuyo canto alegraba el alma del buen fraile. Al retirarse él, se iban también las aves, y desde que murió nunca más se volvieron a juntar de aquella manera. Dice la crónica que en la ermita de Amecameca aparecieron a fray Martín San Francisco y San Antonio y le certificaron que era hijo de salvación.

A fray Martín le fue revelado que moriría en el campo, y no en cama, y él entendió que moriría mártir. Por eso, visto que aquí no podía conseguir la palma del martirio porque los indios sin dificultad alguna recibieron la fe, intentó pasar a China. Fue con esta idea de embarcarse (como ya hemos dicho) a Tehuantepec, y este viaje de ida y vuelta lo hizo a pie y descalzo. Llegó a México muy fatigado y enfermo de una pierna. Por ser tiempo de cuaresma cuando vino, nunca se le convenció de que usara sandalias, y anduvo descalzo, la pierna arrastrando y los pies chorreando sangre.

A poco tiempo de llegado, "llegósele la muerte debida, que todos debemos". Un día dijo a su compañero: "Ya se acaba", a lo cual preguntó el compañero: "¿Qué, padre?" Calló el siervo de Dios, y luego dijo: "La cabeza me duele." Como su mal se agravara, acordaron sus compañeros llevarlo de Tlalmanalco a la enfermería de México. Puesto en camino, y llegados con él al embarcadero de Ayozingo, lo metieron en una canoa para llevarlo por la laguna. Apenas entró en ella cuando sintió ser ya llegada la hora, y mandó que lo llevaran a tierra para ponerse de rodillas. Estando así, dijo a su compañero fray

Antonio Ortiz: "Hermano, *fraudatus sum a desiderio meo*", defraudado he quedado de mi deseo", queriendo decir que no había alcanzado el martirio que siempre deseó. Dicho esto, expiró, el domingo de Pasión, 21 de marzo de 1534, a los 60 años de edad.

Volvieron los compañeros su cuerpo al monasterio de Tlalmanalco, y lo enterraron, puesto en un ataúd de madera, en medio de la capilla mayor, cubierto con una lápida grande, escrito en ella su nombre.

Estuvo el santo cuerpo por 30 años —hasta que se perdió— entero e incorrupto. La sepultura fue abierta muchas veces para que lo vieran los religiosos que iban al convento con ese solo objeto. Mas desde el año de 1577 desapareció, "*y entiendo —dice el padre Mendieta— que fue permisión divina el haberse totalmente perdido, porque demasiada curiosidad, o por mejor decir, tentación, era andar enterrando y desenterrando tantas veces un cuerpo que era tenido en reputación de santo, y así en pena de esta irreverencia quitó Nuestro Señor tan santa prenda de aquel convento y la tiene guardada donde Su Majestad sabe y es su voluntad, para cuando sea tiempo de manifestarse.*"

El mismo fray Jerónimo de Mendieta confiesa que él cayó en la tentación de mirar el cuerpo, y fue el primero en echarlo de menos, pues al abrir la sepultura no hallaron ni indicio de él, sino algunas astillas o briznas de madera. Se hizo diligente inquisición sobre los indios y nada se pudo averiguar.

Cuéntanse varios milagros obrados por este santo religioso. "*Hanme dicho —refiere Motolinía— que resucitó un muerto, y que sanó una mujer enferma que con devoción le llamó, y que un fraile que era afligido de una recia tentación fue por él librado; y otras muchas cosas, las cuales, porque de ellas no tengo bastante certidumbre, ni las creo ni las dejo de creer, más de que como amigo de Dios, y que piadosamente creo que le tiene en su gloria, le llamo e invoco su ayuda e intercesión.*"

Si México fuese un país libre y agradecido, ¡cuánto veneraría la memoria de este santo fraile civilizador! Habría en la calle principal de México una estatua que lo representara enseñando a leer a los niños indios. Y el recuerdo constante de su lección de amor haría a los mexicanos un poco mejores.